

## *Lo que vide es lo que les cuento:*

### **Luis Ramos Juárez, un campesino mexicano del siglo XX**

**P**or segunda vez rescatado con su publicación, este documento presenta, en forma de narración autobiográfica, la entrevista que en 1974 hicieron dos jóvenes historiadores, Salvador Rueda y Citlalli Marino, a Luis Ramos Juárez, revolucionario zapatista de San Antonio Tlatenco, Puebla, como parte del Programa de Historia Oral del inah (PHO-Z/1/38). Don Luis, que estaba lejos de considerarse en aptitud de aportar datos para la historia, terminó reconstruyendo su propia historia, la de su vida. Para ello tuvo que armarse de mucho valor y habló, aunque al final pidió perdón por su atrevimiento y por no haber satisfecho las expectativas de sus entrevistadores. En un incesante ir y venir entre pasado y presente, entre lo que pasó primero y lo que pasó después, reitera una y otra vez lo que sabe; mezcla momentos históricos para referir quizá no lo que fue, pero pudo haber sido o le hubiera gustado que fuera; nos estampa en la cara el abandono y la miseria del campesino en tiempos de la Revolución, a tal punto inconcebibles entonces como ahora que inconscientemente preferiríamos no verlos. Y así, sin proponérselo siquiera, contribuye también —hoy lo entendemos mejor— a reconstruir la historia. Lo escucho con respeto y aun con reverencia, cuando su relato me trae a la mente los de *El llano en llamas*, y pienso que podía haber sido uno más de ellos. Juan Rulfo dijo alguna vez: “Yo escribo como la gente habla”; debe ser por eso que al leerlo tenemos la impresión de estar en el sitio como invisibles espectadores. Don Luis Ramos, contra todo, habló. ¿Será capaz la presente transcripción, de lo grabado al papel, de producir una impresión semejante? Aunque he procurado respetar al máximo la forma de expresión original, no soy demasiado optimista: de entrada, creo que el texto escrito resulta un pálido reflejo de la voz viva, dado que los recursos de la oralidad se magnifican frente a las limitaciones que imponen

una treintena de letras y unos cuantos signos de puntuación. Ninguno de estos últimos puede transmitir el tono de una declaración enfática, ni la razón y medida de una pausa, ni el grado de intensidad de una manifestación (con la voz, con los gestos de la cara y de las manos, con todo el cuerpo) de dolor, de coraje, de nostalgia. Todos nuestros signos escritos no resultan suficientes para plasmar en el papel la gama de sonidos que compone la más sencilla frase pronunciada. ¿Hay aquí datos útiles para la investigación histórica? Don Luis no pudo decir nada acerca de la Constitución porque —se ve obligado a reiterarlo para sus incrédulos entrevistadores— nunca oyó hablar de ella; para él, Victoriano es Adolfo y Fortunato es Francisco, y su Maurilio bien podría ser Otilio Montaña. Deja en claro que se va a la Revolución sin saber lo que se peleaba, guiado por una necesidad de pertenecer a algo para subsanar su orfandad. He aquí nuevos datos cuya utilidad queda a juicio de quienes se sirvan de ellos. Si existió un día un hombre que pensó y sintió como don Luis Ramos, la historia lo debe saber; más aún si cierto día relató su vida, que era lo que podía contar con humildad y valido del recurso a su alcance: hablar como la gente, con aquella expresión de una belleza tal que Rulfo sintió el apremio de rescatarla para la literatura.

El hecho inédito de que esta breve historia de vida, documento sonoro en su origen, aparezca en esta sección de *Historias* tiene un doble significado. Por un lado refleja la apertura de nuestra revista en lo tocante al reconocimiento de los documentos orales como fuentes para la investigación histórica. Por otro, constituye un respaldo a los empeños de un equipo que, desde la biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH, se ha propuesto dar continuidad al objetivo del antiguo Programa de Historia Oral de la propia institución: la formación de un archivo sonoro-documental a partir de entrevistas a viejos revolucionarios del centro-sur de la República. Tarea inconclusa debido a las incontables vicisitudes por las que el archivo ha pasado a lo largo de sus 30 años de existencia y que ahora no sólo debiera llevarse a término con la transcripción del material grabado, sino abordarse con miras más amplias porque se trata de documentos con valor no sólo histórico, sino también antropológico, psicológico, lingüístico, literario. Después de haber sido transcrita para el archivo en forma literal, la presente entrevista se ofrece ahora al lector en una versión que espero resulte más accesible. Pero esto no obvia la necesidad de acercarse directamente a las voces,

entre otras razones porque las incidencias de los encuentros entre entrevistados y entrevistadores serían materia de toda una reflexión sobre una época de la historia oral, la de su nacimiento en México en la década de años setenta.

Lejos de lo que suele pensarse, trasladar las voces al papel no es un reto pequeño. La transcripción, señala Carlo Ginzburg en *El juez y el historiador*, “es ya una interpretación y condiciona las interpretaciones sucesivas elaboradas en un futuro”, y por ello adquiere el carácter de tarea fina, paciente y casi obsesiva, “una operación compleja que requiere oído y comprensión profunda de la lengua”. Por ello creo que esta labor va, desde ahora, más allá de la formación de un archivo: se trata, en sus justos términos, de editar fuentes, pasar del documento sonoro al documento escrito mediante un esfuerzo que no debe menos a la sensibilidad que a la inteligencia, para ofrecer una posible lectura a quienes recurran a este acervo.

*Dolores Ávila*

Aquí nací, aquí. Soy hijo natal de aquí de San Antonio Tlatenco. Nací en el año de 1895. Mi papá fue De la Luz Ramos y mi mamá María del Pilar Juárez. Unos días duré en la escuela, pero pos ese tiempo no se conocía como primer año, segundo año, no, nomás al rumbo enton's en ese tiempo. Aprendí a leer algo. Algo. Aquel maestro, ya nomás me acuerdo, se llamó don Gil, de aquí de San Simón Tlanicontla. Claro, pues ése nos enseñaba un ratito bien y a'i después se sale y se va, quién sabe ónde anda. Entonces no había profesor para la escuela. Había la escuela, pero el pueblo ponía para pagarle el maistro. No como ahora hay maistros, maistras, el gobierno les paga. Pero antes no, porque antes el pueblo sabía para pagarle el profesor ¿eh? Pero pues perdió el

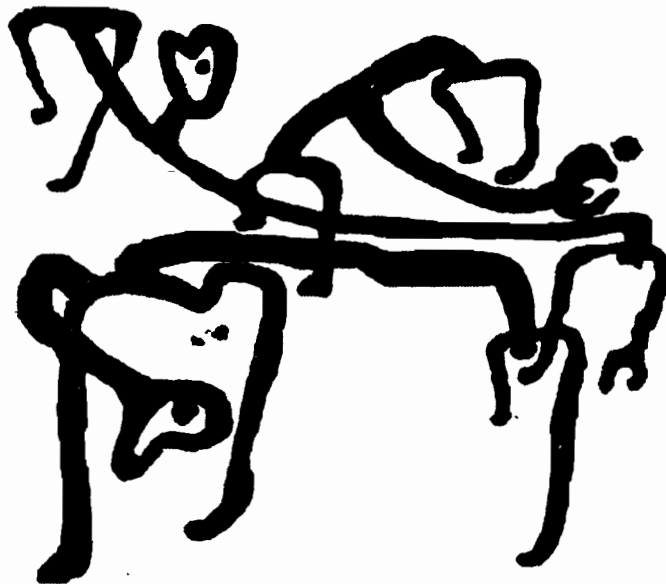
porfirismo, todo se acabó. Y apenas vino a salir, como por el año '28, de los maestros, ya que ya había la carretera, las carreteras por donde quiera, por eso ya pusieron los maestros. Ahora pues ya decretó López Mateo de que todo poblado les tiene que mandar uno o dos maestros para enseñarles a los chamacos de primero y segundo año, y hasta el sexto año, pero antes no, no.

En tiempo de la Revolución, el mismo rico mandaba en todo. ¡El mismo rico!, porque ése lo que tenía dominados nuestros padres. Ya no me acuerdo cómo se llamó el rico de San Esteba. Aunque había presidente, pero no lo respetaba el rico. ¡Aquí a chingarse a trabajar! Sí. Aquí en el rancho había ese mayordomo que se llamaba Antonio, por eso ordenó de que hicieran la

iglesia para que trajeran su santo, pa' que fuera san Antonio. Porque antes era este pueblo pura ranchería. Mis papás eran peones. ¡Uh!, los maltrataban. Nosotros ya éramos chamacos ansina y íbamos a la arrancada del frijol. ¡Hijo del... cabrón! El mayordomo iba y con la verga del toro: "¡A darle, chingao!" Apenas se queda tantito uno, ¡ándale, a'i va! Sí. Todo lo que se recogía era para el rico. Nosotros, como nos quedamos huérfanos de mi papá y mi mamá, ¿con quién nos íbamos a alojar? Tenía yo una tía, pero pues me echó a la calle. Me echó a la calle. Por eso yo mejor me jui a la Revolución.

Éramos chicos, no lo conocí a ese Porfirio Díaz, no, pa' qué voy a decir, no. Pues él los quería los ricos. ¿Por qué? Porque ellos llevaban bolsas de dinero: "Y ándele, aquí está,

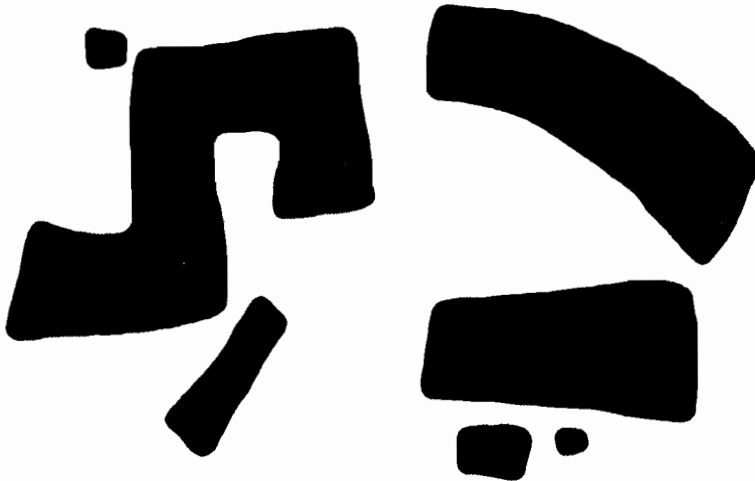
presidente, aquí, ándele". Él por eso los quiso los ricos, los tenía ansina. A los diecisiete años me jui a la Revolución, sí. De a'i, pues ya les digo, vino el general Rafail Espinosa, zapatista, pues con él nos alojamos. Nosotros, de aquí, jue el coronel Hilario Ramos. Y enton's supo este Fernando Remes que hay bandidos aquí en el monte, por eso subió, que los iba a bajar. Pero no pudo, porque mejor él se vino a quedar con todo y su gente, a'i murió Fernando Remes, aquí en el monte, y no bajó los zapatistas. Hilario Ramos es el que lo mató Fernando Remes, del monte. Por eso ascendió a general, Hilario Ramos ascendió a general. Fue porque llevó allá, le quitó todo su despacho, lo que tenía Fernando Remes, y jue a presentarse con Emiliano Zapata. Después Zapata dijo: "Bueno, ahora tomas el grado de



general". A'i se debilitó Huejotzingo, sí. Entre pocos días dice: "Pues ya que ya Fernando Remes ya no vive, a'i 'stá otro general, pero ya namás él solito. Entonces vamos a entrar a Huejotzingo", por eso entramos a Huejotzingo. Lo tomamos a Huejotzingo, el gobierno lo derrotamos y nos quedó el armamento, sí. Allí pues entregaron el armamento, todo el armamento lo entregaron con Rafail Espinosa. Y Rafail Espinosa dice: "Agarren las carabinas, a ver cuál quieren". Yo, como no conozco, agarré una austriaca, grande; pesa. Ora ya mis carrilleras, ya me las puse. Entonces no tuve yo grado por cuestión de que pues era yo tonto, vaya, chamaco. Sí. Pero después me nombraron de ser sargento primero de infantería. ¡En ese tiempo corría yo como liebre! Pero pues ahora ya mi mujer es la que me

hace, porque ya no puedo andar. En ese tiempo íbamos, nos agarraba el agua, el frío, el calor. Pues todo se nos vino a mis pies, ahora pues ya no puedo andar.

Más otros jefes no tuve. Porque muy después se levantaron ya mayores y capitanes y, bueno, qué se entiende. Peleaban con el gobierno federal por lo que ahora reclamamos: las tierras, el agrario. Por eso. Primero, nosotros no sabíamos qué cosa íbamos a pelear. Nomás sabíamos que vamos a la Revolución, pero no sabemos qué cosa vamos a pelear. No sabemos lo que Zapata quería, porque solamente él, venía de su cabeza. Nosotros, como soldados, no, no, nosotros no. Pero Zapata, ya después que ya mandó el Plan de Ayala, dijo que pelear por tierra, libertad, justicia y ley. Por eso es como ya venimos sabiendo, después, muy



después. Que íbamos a pelear para todo pueblo mexicano, no nomás para los que juevon. A todo el campesino se le tenía que repartir sus tierras, para eso es el Plan de Ayala. Zapata peleó para todos nosotros, los mexicanos que no tenemos tierras, por eso reclamó, y hasta quemaron las haciendas por aquí. Porque aquí en San Juan Tecla tenía tropa el rico para que no lo perjudicara ninguno, le valía con el gobierno, por eso es.

Después, cuando Carranza se voltió, dijo que él no pelea el Plan de Ayala, él pelea el Plan de Guadalupe, favor de los ricos. Ya no reclamaba el bien del pueblo, sino que ya favor del rico otra vez, por eso murió mucha gente. Porque ya le llevaban costales de dinero, por eso les rayaba a su tropa con oro y plata. ¡Enton's era plata buena, oro bueno!, de a dos cincuenta, de a cinco pesos, diez pesos, veinte pesos, cincuenta pesos. Pero ahora, ahora no lo conocemos ya la plata, bueno. Ahora nos manda el gobierno el peso: "El peso... ¿cuándo, cabrón? ¡P's siquiera... que suena!" Antes se tiraba en el mostrador, ¡a'í 'stá!, suena, como campana. Ahora este peso ya no. Puro fierro.

Después de Huejotzingo, nos mandó a traer Francisco Mendoza, fuimos de aquel lado para ir a tomar a Chilpancingo ¿eh? Allí tomamos la plaza. Entonces estaba allí Luis Cartón, Ponciano Benítez, Juan Polonelli, y pues todos quedaron allí, en Chilpancingo, murieron mucha gente también allí. Tenía grande la división ese Luis Cartón. Y Luis Cartón quedó en manos de Ignacio Maya. Cuando iba a cargar su pistola,

que corre Ignacio Maya y dice: "¡Ya no es tiempo de que cargues, cabrón!" Le entregó la pistola. Sacó la espada: "¡Ándale!", lo lazó: "¡Vámonos, chingao! ¡Al centro, cabrón!" Entonces se encontró el general Zapata, dijo: "Mire, mi general, aquí traigo Luis Cartón, vivito", le dice, "¿qué le haremos?" Y entonces dice Cartón: "¿Usted es jefe Zapata?" Dice: "Aquí yo estoy, es Zapata, el que por los montes andaba usted buscando". Y dice: "Pues quiero que me dé mi libertad". Dice Zapata: "Mañana, mañana sale usted libre", pero aquí ya le hizo las señas de que mañana lo van a fusilar.

Nomás andamos, con perdón de ustedes, limosneando las tortillas. Onde nos dieron calentita, ¡uh, chingao!, ¡ah!, con sal, ¿qué cosa vamos a comer? Pues hasta aquí, a veces, en nuestra casa, no todo tiempo tenemos carne. A veces, pues frijolito, unas papitas, a'í vamos cambiando, a veces nomás tortilla con sal, con chile y ya, eso es todo. No nos pagaban. No, no tenía Zapata dinero. Ora inventó de poner el revalidado, pero no lo quisieron valer, no, no lo valió. Por eso no tuvimos sueldo, porque no lo valió su dinero. Sólo él sabe cómo conseguía las armas, porque él mandó para Austria, que les mandaron carabinas de esas austriacas. Nos las dio, y lo vimos, todo el armamento que le mandaron, sí. En el mismo cañón dice que es Austria; a'í tiene también de Berlín y de Oviedo. No tuvimos más otros jefes. Después ya vino ese Crisanto Mendoza, es el que nos gobernaba aquí. Pero no trajo armamento, no; no teníamos uno más

que una 30-30 y algunos máuseres y, bueno, vaya, armas de diferentes. Íbamos avanzando nomás, íbamos avanzando en la batalla ¿eh?, nos fuimos armando. Como cuando vinieron aquí los yaques, ¡dejaron harto armamento, chingao! Y murieron muchos de ellos. El armamento ya nomás lo recogíamos y vámonos.

Había mujeres, huérfanos, ¡uh, mucho! Pues ¿pero quién los iba a sostener? Sólo ellos supieron cómo criaron sus hijos, cómo pasaron la vida. Porque ya de los padres, algunos murieron en el campo de batalla, algunos murieron por la enfermedad. ¿P's de dónde viene el sostenimiento para sus mujeres?, más que la pobre mujer, ésa vía para sus hijos y para todo el gasto de la casa. P's sí. Había mujeres, pues cómo no, tanto que los otros que andaban llevando, algunos, y algunos aquí en el pueblo. Sí. Nomás en donde nos atacaban, ellas se largaban y vámonos, nosotros adentro, sí. Como hacían los carrancistas. Los carrancistas también muchas mujeres

los andaba llevando, pero no entraba las mujeres, nomás el hombre, sí.

Zapata lo conocimos, sí, porque vino aquí; y conocimos a Zapata, sí. Porque estaba aquí en el cuartel general, enton's a'í se vino a casar su hermano, Luis Mendoza, a'í con una señora. Ese señor también murió en la Revolución, lo mataron, sí. Y conocí a Maurilio Montaña, porque es el que se paró por nosotros para que nos dieran algo a todos los zapatistas. Sí.

Francisco Madero pues comunicó para tomar a México, pero como él pues lo mandó a llamar también Francisco Villa y Zapata. Y ora Francisco Mendoza, nosotros entramos derecho del cerro Colorado, qué se entiende derecho, y ellos, Zapata por el sur, Francisco por el norte, hasta que tomamos a México. Y allá los acompañamos, mismo el general ya ordenó de que nosotros los campesinos que váyamos al campo a trabajar, que él se queda con el gobierno, porque el gobierno conoce a la milicia: ésa es su ambición. Para que después, el mismo... nosotros que



nos venimos supimos que Madero ya lo traicionó Adolfo de la Huerta. Nosotros nomás le ayudamos para tomar la presidencia, y él, cuando ya se sentó, como se dice: “¿Pa’ qué los quiero a ustedes? Váyense a trabajar a su campo”. Por eso nos venimos nosotros y ya quedó el gobierno de Huerta. Y cuando ya estábamos unos cuantos días por aquí, supimos que ya lo mataron Madero, nomás el de la Huerta, lo traicionó, sí. Después vino Zapata, en 1914, para tomar a Puebla. Tomamos a Puebla, pero como después ya vinieron los yaquis, carrancistas y todo, éstos son los que nos chisparon, dejamos la plaza.

Con los yaques peleamos aquí en San Nicolás y aquí en el llano de San Juan Tecla, aquí, de aquel lado de la barranca. Obregón los trajo. Sí, peleamos. ¡Y aquí entraron un chingo de yaques!, por eso nos ganaron. Y quería yo correr derecho para ir hasta el pie del monte, pero pensé, dije: “No lo voy a aguantar. ¡Ónde carajos!, está lejos. Mejor ya nomás por aquí corto”. Y cuando yo llegué debajo de un cerrito, ahí ya me sofoqué. Digo: “Mejor espero que... me voy a rendir”. ¡Pero qué!, no me dejaron los cabrones. Nomás ¡tras y tras! donde estaba yo, hacía polvo. Pero yo me aplasté bien y no me tocó. Cuando yo me quise parar, pero es que ¡pela, carajo! Me largué, por eso salí limpio. Ya pasé de aquel lado de la barranca, había una arcina de haba, de trigo, aquí en el rancho de don Juan Romero. Pero cuando yo llegué a la vereda, ya lo están quemando allí, ya prendieron l’haba, el trigo, todo, ¡útale, caramba!

A Francisco Villa no lo conocí, no, pa’ qué voy a decir. A’i está don Miguel Parra, ése sí jue al norte, cuando Agustín Jiménez Chávez los agarró, vendió Agustín Chávez con Francisco Maicot la gente. Los que los agarraron los llevaron al norte, al destierro, pero nomás a Chihuahua, a Sonora, por allí los repartieron. Y enton’s allí, otra vez, ora mi compadre lo avanzaron los villistas, pero no lo mataron, mejor se dio de alta con los villistas. Ese sí conoció a Francisco Villa, efectivamente sí lo conoció, nosotros no. Pero igual, Francisco Villa peleaba el Plan de Ayala. Sí. Que eran cuatro: Francisco Madero, Carranza, Francisco Villa, Zapata. Peleaban contra el rico y a favorecer el mexicano. Pero como después desconoció Carranza, otra vez desconoció Carranza, se volvió, ¿y no hasta el tesoro de México? lo llevaba para quién sabe dónde. Hasta la silla presidencial. ¿No se regresó aquí en San Marcos Tlaquiltongo? Porque allí le dio el mate también nomás Obregón, el mismo su general. Porque no le dijo lo que iba a hacer, nomás lo estaba mirando que cargan el tren, cargan. Pero ya lo vio por ónde va a ir, éste lo jue a esperar pa’ que le dio el mate, allá en San Marcos Tlaquiltongo.

A mí también me agarraron los de Francisco Maicot, juntamente con los que los mandaron a Chihuahua, y para salvarme pues me quise dar de alta, sí. Pero no fue efectivamente de mi voluntad de ser carrancista, y éstos venían directamente carrancistas. Eso fue el año ’18. Para el año ’19 yo me deserté y me vine



para acá, ya no seguí la Revolución, ya me vine. Pues ya supimos aquí que Guajardo lo mató a Zapata, Porque se quería rendir, y aquel rendimiento que había de hacer Guajardo, con esa confianza entró Zapata en Chinameca para que se comunicaran, que se hablaran para qué cosa, ya estaba casi este Guajardo como zapatista. Aquél, confiado, pues claro, con su pecho sano, entró. ¿Para qué?, para que lo traicionaran. Nosotros aquí ya estábamos. Ya no, ya no fuimos a las armas, dejamos a las armas, mejor trabajar aquí. Sí. Ya no. Trabajamos, ya no fuimos a las armas.

Los ricos se adjudicaron aquí, por eso este pueblo no tiene terreno. Porque se adjudicó el rico, lo empujó hasta el frente de la iglesia, por eso es que no tenía el pueblo terreno. Aquí no hay hacienda, hay hacienda aquí en San Esteba, aquí nomás el rancho. Aquí murió el mayordomo, y del mayordomo, pues como ya vino a salir la Revolución, ya entre pocos días bajó ese Rafail Espinosa a San Esteba, quién sabe qué cosa le dijo o qué cosa quería, pues mejor se largó el rico para Puebla, de ahí sí ya no regresó, allá murió. Pero no cambió nada, hasta que vino el agrario, enton's ya nos tocó un pedazo de terreno, ya tuvimos. Pero eso hasta que vino el agrario, ya que murieron muchos aquí del pueblo. Pero de más antes, no. No sabíamos ni qué cosa peleamos. Al rico le quitamos la colonia ahí. Porque estaba nomás frente la iglesia para el centro, y ya de la iglesia para acá ya es del rico. Y ahora vino a salir l'agrario, ya se

cortó la calle para la presidencia, para la escuela, para todo, ya se hizo. Y decía que se iba a cortar otra calle, pero más la gente que ya no quiso. ¿Por qué? Porque que viene el rico y nos va a sacar. Pero pos ora se jue el rico, ya no volvió, ya. Ya no tenemos quién nos obligue a trabajar a la hacienda porque ahora todos son ejidatarios, por eso ahora tienen frutales, para sostenimiento de todo el pueblo.

Como por el año '17 nos dieron nuestro ejido. Sí. Después de la Revolución, pues trabajaba yo unos días el campo, al monte. Porque pues nos sosteníamos, teníamos que sostenernos nosotros, y ya le digo, ya tenía yo mi señora. Lo que hice, me jui para Atlixco, y de Atlixco allí encontré otra cosa. Como mi tío me llevó para la fábrica, allí entré a trabajar en la fábrica. Fábrica de manta, aquí en Metepec. ¡Pues también era del rico!, que no sé cómo se llamó. Sí era mexicano, pero los que mandaban allí puros gringos; desde el año '22 que llegué, enton's había puro gringo, los que mandaban. Sí. Era yo turbinero, trabajaba yo en las turbinas. Manejaba yo las máquinas, la fuerza para la preparación para el tejido. Los primeros días que entré ganaba yo uno veinticinco. Ahí después ya subió el sueldo, ya ganábamos diez pesos. Sí. Estaba yo contento. Formé mi casita, compré una máquina de coser a mi mujer, y ahí ya nos ayudábamos, ella cosiendo y yo trabajando por allí. Pero me envidiaron los de Santa Ana y pues me calumniaron después. Me sacaron, el año '45, hasta el año '45.

Y a'i vine otra vez a trabajar al campo, o al monte. Sí. La fábrica ya no me acuerdo el año en que vino a parar, p's quién sabe porqué, ya no supe yo porqué porque ya salí de allí. Entonces fueron deminizados todos los obreros. A mí no me dieron nada. Como me sacaron antes de que los deminizaran, me sacaron, por eso no tuve yo mi deminización.

Ya me regresé para trabajar por aquí, sí. Otra vez a la chinga: a la tierra, al monte, por onde había modo para ganar siquiera algo para comer. Trabajamos nomás yo y mi muchacho.

Ahora ya es grande, era chiquito. Siembra maíz también, frijol. Nomás, porque p's por aquí no hay más. Tiene algunos arbolitos de fruta, eso por allá arriba. Sí. De la fruta vende algo; maíz no, porque el maíz es sustento para su familia también, nuestra familia. Sí. Nomás por eso. Pero ya de todo, ya no.

Yo quisiera contar algo más, pero ya no lo vide, ya no, pa' qué voy a mentir, no. Lo que vide es lo que les cuento; lo que ya no vide, ya no, no puedo yo contar. Ya no, ya no. Ya no, ya se acabó, ya. Perdonen.

